

860
Z

PQ 6647
.08
M3



**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

Esta Casa Editorial obtuvo Diploma de Honor y Medalla de Oro en la Exposición Regional de Valencia de 1909 y Gran Premio de Honor en la Internacional de Buenos Aires de 1910.

**CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.**



LA MALDITA CULPA

I

Sonata patética

No dormía ni podía dormir, aunque para lograrlo se hubiera confinado en la biblioteca y tendido en un muelle diván. Miraba con ojos espantados los armarios de roble, los libros alineados en los estantes y el reloj de caja de cedro, en cuyo interior acompañaba sus isócronos golpes imposible la péndola. Aquel ruido monótono, seco, inflexible, le parecía una ruda repetición de un fallo del destino, fallo monosilábico que lo condenaba por siempre a la tristeza de una prematura viudez.

De pronto surgía en su cerebro la imagen de la enferma, inerte, casi rígida en la alcoba lindante, y sentía un escalofrío correr por su médula. ¿Era

cierto que Dolores iba á morir? Y si moría, ¿para qué todo aquel afán por hacerla suya, por asegurar una renta y edificar el alegre y comfortable escondrijo? Sentía entonces una furia salvaje contra la Naturaleza egoísta que aniquila á los seres, uno tras otro, implacable, sin misericordia, por el absurdo y egoísta placer de crear de nuevo.

Por primera vez se daba Pablo cuenta de lo que quería á aquella mujercita blonda, pequeña, dulce, resignada, á la cual jamás creyó profesar sino un afectuoso cariño. Y un pesar sincero, que se parecía á un tardío remordimiento, lo acongojaba en aquellas horas solemnes. No; él no se había portado bien con Dolores. Su vida había sido una serie de disipaciones y orgías, mientras ella, sumisa y resignada, pasaba horas y días encerrada allí, en las estancias solitarias, contando los minutos, como los contaba él ahora en espera de un desenlace odioso y brutal. Todas las tardes se vestía y acicalaba sin fijar su atención en Dolores que, solícita, le preparaba las camisas de satinadas y lucientes pecheras, las botas charoladas, las corbatas sedosas y los anillos de gruesos solitarios. Y él iba tomando y vistiendo todo aquello con la mayor indiferencia, sin fijarse en los ojos llorosos de la pobre mujer ni en los suspiros entrecortados que se escapaban de su garganta.

Todo aquel sacrificio resignado le parecía á Pablo la cosa más sencilla y más natural. «Oye, ¿por qué no te pones este chaleco de gamuza?—le decía la infeliz mártir—. Mira que la tarde está fría». O bien: «¡Por Dios, Pablo! No dejes de abrigarte al salir del Casino». El la oía satisfecho de aquella devoción que estaba seguro de merecer. Y salía alegre, cantando entre dientes, sin mirar á la figurilla amorosa que permanecía en los umbrales del

hotel hasta perder á su amado tiranuelo de vista.

Dolores parecía haber nacido para eso: para obedecer y sacrificarse por alguien. No tenía hijos, y su instinto de madrecita se desbordaba cuidando y mimando á aquel ser egoísta é incorregible. Su frente era demasiado cándida para albergar ideas de dominio; sus ojos demasiado suplicantes; sus manos harto débiles; su organismo todo harto delicado para la protesta y la rebeldía. Era ese su destino. Amaba y perdonaba. Una sola mirada de Pablo le compensaba de tantos desdenes y de tantas penosas soledades.

Un hijo... ella hubiera querido tener un hijo. Lo hubiera llevado siempre en los brazos y él le hubiera acompañado en las horas largas, interminables, en las dolientes y solitarias vigiliás. Por fin se conformó con su suerte. ¿No necesitaba Pablo también de cierto cariño intenso, maternal? Al cabo volvía y ella se sentía feliz, recompensada de sus desvelos, cuando Pablo la sonreía y le decía apoyando la mano en sus rubios cabellos: «Muy bien, pequeñuela. ¡Eres toda una mujercita!»

En esta noche sombría y tétrica Pablo veía muy claro en todo aquello y comprendía el alcance de su injusticia é iniquidad. Por bajo de la puerta de la alcoba surgía una línea horizontal azulada: era la luz que alumbraba á la agonizante, y esa raya se grababa en el cerebro del ingrato como un rasgo de fuego. Si, había sido ingrato. ¿Qué hacía él todas las tardes y todas las noches, hasta la madrugada, mientras lo esperaba Dolores, despierta é insomne, inclinada la frente diáfana sobre la interminable labor? Hablaba en el Casino con sus amigos de vulgaridades y groserías, jugaba alguna vez por aplacar su aburrimiento, saboreaba desagradables pócimas y esperaba la hora del espec-

táculo. Luego se mostraba en el palco, hermoso como un nuevo Antinóo, y allí concertaba la cena con cuatro majaderos y otras tantas mujeres ajadas y mustias que le llamaban *Montecristo*, Dios sabe á qué precio. Luego, mareado, colmado de hastío y de fatiga, entraba en un coche del Casino y se hacía llevar al hotel, en donde lo esperaba Dolores. «¿Te has enfriado?» «No», contestaba seca y bruscamente. «¿Te has distraído?» «Poco». Comenzaba á caminar por el largo pasillo, y ella lo seguía como un corderillo sumiso hasta la puerta de la biblioteca. «Vaya, adiós, rica, adiós», le decía entonces, y ella se retiraba, haciendo sonar sobre los suelos encerados su paso ligero y menudo.

Le atormentaba el remordimiento. Había sido él quien había debilitado el precioso organismo de la enferma. Además aquel frío, causante de la horrible catástrofe, había sorprendido á la infeliz esperándole. Pablo se puso en pie. Le atormentaba el profundo silencio, interrumpido solamente por el golpe de la péndola del reloj. Y, no obstante, temía que se escuchase rumor de pasos. No esperaba sino el golpe definitivo que tenía que aniquilarla. Y volvió al diván sin fuerzas, exánime. Y una vez en él prorrumpió en sollozos ahogados y lloró larga, copiosamente, buscando en vano un hombro en que reclinar su cabeza, un seno en que hundir su frente atormentada como cuando era pequeñito.

Hubiera querido rehacer toda su vida en aquel supremo minuto. Recordaba una noche en que fué á salir como de costumbre, cuando vió que estaba diluviando á cántaros. No hubo medio de que Jaime, el ayuda de cámara, pudiese encontrar un carruaje. Arrojó de sí el abrigo con displicencia y se decidió á pasar en casa las horas aburrido. Su misma mujer deploró aquel inesperado incidente. Pero

luego ella misma preparó el comedor, alineó sobre la mesa los candelabros, colocó sobre el limpio mantel todos los primores de su orfebrería y puso frente á frente dos sillones magnos, señoriales, sobre cuyos dorados las luces reflejaban sus irisaciones y púrpuras. Al entrar Pablo en el comedor sintió un bienestar grato é inexplicable. El calor tibio de la estancia, el fulgor de las luces sobre las tersas porcelanas, el grato olor á rosas y nardos, le produjeron una sensación de *comfort* hartamente diferente de las incomodidades del *restaurant*. Le pareció más bienhechor el calor de los troncos que ardían en la chimenea; todo aquello era más *señor*, más noble que lo de otras noches. Se sintió algo turbado, cohibido como un colegial invitado á cenar en casa de una abuela de aristocrática y alta alcurnia.

Jaime, satisfecho, vestido de frac, orgulloso de sus funciones, estaba á su espalda; pero Dolores misma, llena de desenvoltura y de gracia, le servía los más exquisitos manjares. «¡Chica—le dijo entusiasmado—, veo que sabes hacer bien los honores!» Ella sonrió un tanto turbada, pero en sus ojos brilló momentáneamente un relámpago de legítimo orgullo. A los postres cogió ella con sus manos menudas una gardenia de un macetero, y poniéndosela en el ojal de la levita, le dijo: «Toma, pícaro, para que te acuerdes de que hoy hace dos años que nos casamos». ¡Dos años! Pablo permaneció un momento turbado y confuso; no tenía del aniversario el menor recuerdo, era aquella su primera noticia.

Dolores le hizo luego el café. «No será tan bueno como el del Club, pero ya verás, ya verás.» Estaba exquisito. Luego pulsó el piano, y muy bien por cierto. «Mucho has adelantado», le dijo con cierta sorpresa. Ella sonrió dulcemente. «Es que ensayo cuando estoy sola.» Fué aquella una noche

verdaderamente feliz. Jaime sonreía y la casa entera pareció recobrar una animación desusada.

Pero, al día siguiente, Pastrana ideó una gran partida de caza y ya no hubo cena familiar. Dolores sacó del ropero las polainas de ante, el morral y la vestidura cinegética. Le entregó la escopeta. «¡Cuidado, no vayas á herirtel!» Tras la caza vino la partida de carambolas, luego el *bezigue*, el abono, las cenas... Las cosas volvieron al cauce consabido.

Y ahora Dolores se moría. ¿Por qué? En medio del silencio creyó que se le venía encima algo enorme, algo como un universo que se desploma. No; Dolores no debía ni podía morir. Era menester que viviera hasta que él pudiera lavar tanta culpa. Y sentía deseos de rebelarse contra el destino exterminador y de exterminar á su vez algo que cayera en sus manos nerviosas, impacientes por destruir, por luchar contra las fuerzas desconocidas que le fulminaban de pronto.

Las sombras se habían ido haciendo más densas. El viento golpeó contra los vidrios de los balcones las ramas de los árboles del jardín y una lluvia menuda comenzó á empañarlos y á deslizar-se luego por ellos como una cortina de lágrimas.

El reloj marcó seis campanadas vibrantes. Luego volvió á hacerse el silencio.

Súbitamente se oyeron pasos; abrióse la puerta de la biblioteca y una sirvienta de ojos llorosos dijo á Pablo con voz velada por la emoción:

—Señor, la señorita le llama.

II

Junto al lecho conyugal

Le llamaba Dolores; irguióse en pie, y en un segundo atravesó la biblioteca. Apoyó la mano en el picaporte del dormitorio; pero antes de entrar se detuvo y secóse los párpados.

Era la alcoba una habitación amplia, señorial. Pablo había entrado allí muy contadas veces, y al mirar el lecho de roble en medio de la estancia, cubierto por recios cortinajes, los armarios de biseladas lunas, en que se reflejaba todo aquel gran espacio sombrío, pensó por vez primera en la soledad á que había condenado á aquella mujer; midió la duración de sus horas interminables de abandono, y sintió un sincero pesar. Luego le ocurrió que Dolores acaso le llamaba para echarle en cara, antes de morir, su egoísmo, y se sintió acobardado y sin fuerzas. Era supersticioso, y la idea de que pudiera llevar durante una vida sobre su conciencia el peso de la maldición de un moribundo, le hizo vacilar de congoja.

Quien se ha acercado á un lecho de muerte, sabe la distancia que hay de un umbral á una cabecera.

Caminó lenta, pausadamente, de puntillas. Una bombilla eléctrica minúscula, teñida de cobalto,

alumbraba solamente un costado del lecho, y dejaba el resto de la habitación temerosa en una tétrica semiobscuridad. Alzó Pablo con cuidado exquisito el cortinaje, lo sujetó con uno de los cordones de seda que á su lado pendían, y fijó su mirada en la moribunda.

No había iniciado ni un movimiento, ni un gesto. Estaba tendida sobre un costado, pálida, casi verdosa, por el fulgor de la luz extraña. Una cofia sujetaba sus blondos cabellos. Tenía cerrados los párpados, y hubiera parecido un cadáver á no ser por el ardor de su frente y el aliento precipitado que se escapaba de su boca, síntomas ambos de altísima fiebre.

Inclinóse Pablo sobre el rostro de su mujer, y con voz queda le dijo:

—¿Duermes?

Abrió sus azules ojos Dolores, y su cuerpo experimentó una sacudida nerviosa. No contestó, pero su rostro se descompuso aún más. Pablo quedó aterrado. Cinco días de rápida dolencia habían transformado á aquella mujercita sonrosada, convirtiéndola en un espectro. Entonces, con acento que procuró modular lo más cariñosamente posible, la preguntó:

—¿Te he asustado? ¿No es eso, chiquilla?

Un suspiro muy hondo, muy fatigoso, fué la contestación de Dolores. Por fin fijó sus ojos enormes en su marido, y con voz apagada le dijo:

—Pablo, di la verdad, ¿tú crees que me moriré?

Pablo estaba seguro de ello; sin embargo, acudió á la consabida mentira piadosa:

—¡Vaya una ocurrencia! Por ahora no estás en peligro. Claro es que algún día te morirás; pero será dentro de ochenta años, después que nos hayamos querido mucho, y viajemos, y tengamos un

hijo, y pasen infinitas cosas muy bonitas y muy alegres.

Movió la cabeza Dolores con tristeza, como desmintiendo tan felices augurios. Tal vez la muerte avisa para alejar de sus elegidos los postreros engaños.

—No, Pablo, no—murmuró la enferma—. Sé que voy á morir, y no creas que tengo miedo. Morir debe ser algo muy dulce, muy tranquilo. Estoy resignada. Y además, mi muerte te libra de una compañera enojosa, de una carga pesada. Eres joven, quedarás libre, y muy pronto me olvidarás.

Quiso protestar Pablo, é intentó hacerlo sinceramente. En aquellos momentos adoraba de veras á la pobre víctima de sus extravíos. Por salvarla hubiera realizado cualquier sacrificio. Pero un nudo apretó su garganta y la voz se extinguió en sus labios.

—Sé que voy á morir muy pronto—signió pausada y penosamente Dolores—y sólo siento de veras una cosa: separarme de ti.

—¡Qué locura!—exclamó al fin el amante tardío—. Mira: si me prometes hablar de otro asunto, me estaré aquí, á tu lado, toda la noche. Si sigues diciendo tonterías, me obligarás á que me retire.

Dolores le contuvo con una mirada llorosa, suplicante. Comprendió el inconstante que había estado dos años ciego. Amaba á Dolores: mejor dicho, la idolatraba con toda su alma. ¡Ah! si por ventura curase, cambiaría de naturaleza y de ser; viviría no más para ella. Sería como esos mirasoles silvestres que sólo se vuelven á los rayos del astro vivificador á la tarde; pero que ya no tornan su corola á otra orientación, hasta que la dobla por fin para siempre el frío y la humedad del crepúsculo.

—Te he querido y te quiero, Pablo—siguió la infeliz—. Mi cariño sólo puede extinguirse conmigo. Pero tú, en cambio, no me has dado en tu alma un albergue. Has sido conmigo afectuoso, cortés, caballero; pero no has podido disimular la falta de cariño. No te hago por ello un reproche; en el corazón no se manda.

—Yo te juro—prorrumpió con sincera exaltación Pablo—que te equivocas. Habré sido contigo frío, indiferente; te habré parecido culpable; pero en estos momentos comprendo que no podría vivir sin ti, que mi alma es toda tuya y que nada en el mundo será capaz de hacer que te olvide.

Había tanta veracidad, tanta pasión en las ardientes palabras de Pablo, que asomó una sonrisa plácida á los labios ardientes de la enferma y en sus ojos hundidos brilló un relámpago de alegría, de felicidad, de satisfecho orgullo.

Tornó al punto á su aspecto desconsolado y sumiso. Con voz arrulladora, doliente, comenzó á susurrar tan bajo, que Pablo hubo de aproximarse para oirla, hasta casi besar con sus trémulos labios los cabellos de la enfermita.

—Te he querido—siguió ésta—como no es posible querer sino á Dios. Pero esto no era todo. Yo he soportado tu desdén, he llorado en la soledad; te he visto partir de mi lado y permanecer ausente de mí, horas, días, semanas, meses, y he sentido en el fondo del alma la atroz mordedura de los celos. Cuando tú me creías satisfecha, yo sufría la más horrible de las torturas, el más atroz de los sufrimientos de que una mujer es capaz.

El culpable bajó la cabeza: como temía, llegaba la hora de la acusación formidable, y se estremeció contemplando la estancia sombría y enorme, en donde un ser que agonizaba iba á execrarle y á

imponer á su torpe conducta un eterno é infamante castigo.

—Sin embargo—siguió Dolores—nunca de mis labios partió un reproche. Jamás supe quejarme. Todo lo sufrí con mansedumbre y dulzura. ¿No es cierto?

Pablo asintió con un gesto contrito.

Dolores tenía el ceño fruncido, como si una idea tenaz pugnara por salir de aquel cerebro atormentado y no hallara palabras para expresarla.

—Pues bien—dijo por fin balbuciente—, ¿tú crees que puede el cariño llegar á tanto? No, Pablo, no. Tú no sabes lo que es la dignidad de la mujer ofendida. Para que una mujer sufra sin protesta el abandono absoluto, casi el desprecio de su marido, es preciso que á ello le obligue algo más fuerte que el amor.

—No te comprendo—interrumpió Pablo con verdadera curiosidad.

Un golpe de tos, seco, insistente, interrumpió por minutos el diálogo. Pablo acercó un breva je á los labios temblorosos de su mujer. Después, con acento cariñoso, más bien paternal:

—Calla y descansa—le dijo—; te fatigas inútilmente.

—No—exclamó la enferma, como si estuviera decidida á realizar un firme y deliberado propósito—. Espera; quiero hablar, y hablaré.

Era la primera vez que Pablo la oía expresarse con tal imperio. Volvió á sentarse y pronunció solamente una palabra:

—Prosigue.

—Para que una mujer, enamorada ciegame nte de un hombre, se resigne á su abandono y casi á su desprecio, es menester—y al decirlo se agitaba nerviosamente—que haya en ella algo más fuerte que el amor... ¡la culpa!

Pablo se puso en pie bruscamente. Al punto se tranquilizó; las culpas de Dolores hubieran podido pasar por virtudes en cualquiera otra mujer menos santa.

—Yo quiero—continuó gemebunda la enferma—, necesito que me perdones. Yo no puedo morir así, sin descargar mi conciencia de todo peso, sin estar convencida de que he cumplido con mi deber de sinceridad.

La contemplaba Pablo con asombro. ¿Qué delito era el de aquella mujer? Tocó su mano, que abrasaba, y la creyó presa de un terrible delirio.

—Todo te lo perdono, desde luego—contestó con forzada sonrisa—. ¿Has pensado alguna vez en que pudieras quedarte viuda? Tal vez, indignada por mis locuras, ¿has llegado á desear para mí la muerte? Pues bien, yo te absuelvo.

La paciente hizo con la cabeza un nuevo ademán negativo. Estaba desencajada, trémula. En su interior se libraba sin duda una horrible lucha.

—No, Pablo, no—articuló realizando un penosísimo esfuerzo—. Mi culpa es mayor; pero—dijo con los ojos llenos de lágrimas—¡dime que me perdonas!

—¡Acaba!—balbució Pablo ya fuera de sí.

—Yo—siguió Dolores—antes de conocerte he sido...

—¿Qué has sido?—rugió Pablo.

—¡He sido... de otro hombre!

Pablo sintió que le hería el cerebro algo rápido y fulminante. Desencajado á su vez, sólo tuvo fuerzas para pronunciar una sola palabra:

—¡Tú!

Era un mundo entero el que rodaba bajo sus pies. Sin duda soñaba. El delirio feroz era contagioso.

—¡Tú!—repitió entre estupefacto y colérico.

—Una sola vez...—sollozó con la cara en las manos la moribunda—. Una sola vez, ¡te lo juro! Y sin culpa...

Miró á Pablo, y debió ver en su rostro expresión tan fiera, que se sintió aniquilada por siempre.

—¡Tú!—rugió Pablo en un paroxismo de cólera.

Dolores no le oyó. Cerró los ojos y quedó sin sentido, cadavérica, yerta.

Pablo huyó; huyó aturdido, espantado, loco, como en la tragedia de Alighieri huye de las serpientes el ladrón sacrilego de Pistoia.

III

Excursiones de un solitario

Al día siguiente, en el momento de salir el médico de la habitación de la enferma, encaróse con Jaime.

—Y el señor, ¿dónde está?—preguntó al sirviente.

—El señor—contestó el ayuda de cámara—salió anoche de casa y no ha vuelto.

—¡Cosa más rara!—musitó el doctor con extrañeza—. Cuando venga—siguió en alta voz—puede usted decirle que su mujer está fuera de peligro.

Regocijóse Jaime; el ama era buena. Y además la había tomado sincero afecto, como toda la ser-

vidumbre, tal vez por considerarla desgraciada. Casi todas las noches, antes de que cayera enferma, Jaime entraba en la antecocina y decía invariablemente las mismas palabras:

—La señorita cena sola.

Y nunca faltaba un servidor que contestase con esta frase sacramental:

—¡Pobre señorita!

Estaba fuera de peligro. Pero el amo, ¿cómo había tenido el valor de pasar la noche fuera de casa hallándose su mujer entre la vida y la muerte? Se armó entre la servidumbre gran revuelo. Al saber la noticia la cocinera, contestó indignada:

—Más le valiera morir, pues.

Dieron las doce de la mañana y el amo no parecía para almorzar. La señora, después de un sopor prolongado, despertó y preguntó qué hora era; pero nada dijo de su marido, ni se cuidó de indagar si había vuelto ó no. Miraba alrededor con ojos espantados, y luego lloraba. Tal vez aquella crisis nerviosa la había salvado. Nadie osó decir la menor palabra que tuviera relación con la ausencia de Pablo.

Por fin, á las tres, sonó el timbre, y Jaime abrió la puerta á su amo, que entró taciturno, sin saludar, como abstraído en una preocupación invencible.

Jaime se atrevió á entrar tras él en la biblioteca; recogió el gabán, los guantes y el sombrero. Iba á retirarse, cuando un impulso irresistible le compelió á hablar.

—Señor...—balbució tímidamente.

—¿Qué?... ¿Qué es ello?—preguntó Pablo, como si despertara de un sopor.

—La señora...

—¿Ha muerto?—interrogó Pablo con ansiedad.

—No, señor; ¡al contrario!—exclamó sin poder contener su gozo el ayuda de cámara—. ¡El doctor dice que se ha salvado!

El rostro de Pablo retrató el asombro. En seguida recobró su frialdad aparente, y dijo con desdago absoluto:

—Está bien; déjame.

—¿El señor quiere—se atrevió todavía á preguntar Jaime—que le sirva el almuerzo?

—He dicho que te retires—fué la contestación de aquel hombre extraño.

Retiróse el servidor aturdido. Ocurría, sin duda, algo grave. Pero nada lenifica tanto la curiosidad como la imposibilidad de satisfacerla. Cerró la puerta y dejó al amo solo.

Pablo sentóse aturdido en un sillón. ¿De modo que *aquella mujer* no había muerto? ¿No había abandonado la tierra después de confesar su traición y su infamia? El porvenir se le presentaba más abominable y tenebroso que nunca. El había contado con la muerte para resolver el grave conflicto. Al escuchar la confesión descarada de la villanía, había sentido impulsos de ahogar allí mismo á Dolores; pero creyó que se le anticiparía la enfermedad y que la muerte pondría término á su indignación y á su vergüenza. Y ahora... ella iba á vivir, á permanecer á su lado, á recordarle con su presencia un día y otro día su deshonor, á reír tal vez en secreto de su situación inesperada y ridícula... sintió que le ahogaba la cólera. No; si vivía, él se encargaría de matarla, ó de echarla á la calle como á un perro, para que sufriera las consecuencias de haberle miserablemente engañado.

No quería verla. Temía dejarse llevar de un funesto arrebató, y temía todavía más perdonarla. Pero sentía el ansia de saber detalles de la culpa,

de embriagarse en su propio tormento, y, sobre todo, de averiguar el nombre del bandido que le robaba de un golpe la felicidad y la consideración de las gentes.

Porque las gentes lo sabrían. El seductor habría tenido buen cuidado de pregonar su triunfo. Es seguro que, sin sospecharlo, habría sido él, el marido orgulloso de ser amado, no pocas veces objeto de burla y ludibrio. Había pasado la noche en el Club y había jugado sin medida. La suerte, con sardonismo implacable, le había galardonado esta vez y traía llena de oro y billetes la cartera. ¿Catorce, diez y seis, veinte mil pesetas? ¿Qué le importaba? Todos le miraban y él creía adivinar en todos los semblantes compasión ó desprecio, delectar en todas las pupilas irónica conmiseración. ¿Quién sería el culpable, quién? Posiblemente un desconocido, acaso un patán. En su opinión actual, las mujeres elegían sin vacilar lo más bajo y más ruin, con tal de calmar su grosero apetito de hembras.

Pero, ¿cómo saberlo? Ella, convencida de su iracundia, se obstinaría en callar, en negar tal vez, alegando que lo que dijo fué una necesidad engendrada en la fiebre. Pero él había leído la verdad en sus ojos, el agobio y tremendo pesar de la ajena inmisericordia. Negaría, y él la mataría, allí, enferma, entre sus encajes, sobre las almohadas empapadas en llanto. Y él no quería, no, vindicar su honor de aquel modo. Necesitaba algo más cruel, más gallardo, algo que no publicara lo que no había menester testificación.

Ocurrióle en tales momentos un indigno recurso. ¿Por qué no había de registrar los muebles y vestidos de su mujer? Creía que, por grande que fuera su disimulo, habría ocultado alguna carta, ó

al menos, alguno de esos objetos nimios que la mujer trueca en recordatorios. Le avergozaba no poco la idea de entrar á escondidas en el gabinete de Dolores y exponerse á que algún criado le sorprendiera registrando á deshora lo que creía tener derecho á escudriñar en pleno día. Sin embargo se decidió, y aquella misma noche, cuando cesó en el hotel todo ruido, cruzó los pasillos cautelosamente para no llamar la atención de la doncella que velaba á Dolores, y entró en el gabinete, cerrando con llave la puerta tras sí.

Se dirigió resueltamente á un *secreter* de palo de rosa, en donde había visto guardar á Dolores retratos de amigas. Convencido de que ninguna llave ajustaba á su cerradura, la hizo saltar facilísimamente con unas tijeras que estaban sobre una mesita de labor. Revolvió todos los cajones del mueble y encontró un paquete de cartas; era su correspondencia de soltero; pasó la vista por alguna de aquellas epístolas y quedó asombrado de las necedades que se le habían ocurrido años antes. Y Dolores guardaba aquello; lo conservaba como recuerdo de un tiempo más feliz. Imposible le fué encontrar objeto alguno que no tuviera relación con sus pasados amorios. Del desconocido seductor, ni rastro. Dolores era demasiado lista y perspicaz; á menos que, efectivamente, la fiebre la hubiera hecho delirar y hubiera mentido.

Se aferró á esta idea, mejor dicho, á esta vaga esperanza remota. ¿Por qué no había de haber mentido? ¿No vemos todos, durante las horas de fiebre, cosas y personas que no han existido jamás? Pero ¿cómo negar aquella mirada culpable, aquel paroxismo de terror que no dejaba lugar á la duda? La cabeza le ardía, y, abandonando esparcidas por el gabinete cartas y retratos, se vistió y marchó al

Club, para no volver hasta bien entrada la tarde siguiente.

Diez días mortales transecurrieron sin ver á Dolores. Supo, al fin, que habia abandonado el lecho, y entonces le acometió el temor de encontrarla. Ello tendria que suceder tarde ó temprano; pero Pablo estaba decidido á evitarlo y, desde luego, pensó en un viaje. Luego se enfureció pensando que tenia que huir, cuando la culpable era ella. Por su parte, Dolores parecia ocultarse. Ni en el comedor, á la hora del almuerzo, ni en habitación alguna del hotel llegó á oír el rumor de sus pasos.

La vida se le hacia á Pablo intolerable. Habia renunciado á los teatros, á las cenas alegres, en donde hubiera indignado su pésimo humor. Además no estaba para escuchar las insulseces de sus compañeros de orgías. El Club le fatigaba; cansábale el juego, la lectura de los periódicos, la cena solitaria. Luego, en su casa, todo el mundo parecia esquivar su presencia. Los criados, el mismo Jaime, no se presentaban sino después de ser llamados, y su aspecto más tenia de hostil que de respetuoso.

Quince días habian transcurrido en esta situación deplorable, cuando la ventisca y la nieve de una noche fría de Enero le obligaron á permanecer encerrado en su hotel. A eso de las once se despidió de los criados y prestó atento oído hasta que dejó de escuchar sus pasos. Cuando creyó que todos estarian en sus dormitorios, pues Dolores ya no necesitaba asistencia, decidió seguir sus exploraciones en el gabinete, con la esperanza de encontrar algún objeto que le orientara en sus pesquisas, hasta aquellos momentos estériles.

Como en la ocasión anterior, cruzó los pasillos procurando no hacer el menor ruido. Abrió la puer-

ta del gabinete, buscó á tientas la llave de la luz eléctrica y, una vez que la hubo encontrado, la hizo girar y una lámpara se encendió.

Su sobrecogimiento no tuvo límites. Sentada en un sillón, vestida modestamente de negro, con los codos en las rodillas y la cara apoyada en las manos, su mujer, Dolores, estaba allí.

IV

Justicia seca

La desdichada se puso en pie. Desencajada, lívida, parecia la imagen muda del terror. No temia acaso la muerte, pero sí á lo desconocido. Miraba á Pablo fijamente con los ojos llenos de lágrimas. Pablo la contempló también un momento, sintiendo zumbiar una marea siniestra en sus oídos. Luego la sujetó fuertemente de una muñeca y la arrojó al suelo con sacudida vigorosa, pronunciando con voz entrecortada por una ira salvaje esta sola palabra:

—¡Indecente!

Cayó la culpable de rodillas. Allí, junto al suelo, encogida, cubierta la cara escuálida con las manos, sollozante, agitada por acompasados espasmos nerviosos, nada dijo. Esperaba el fallo casi moribunda.

Aquel silencio indignó al vengador. No habia

duda, era culpable. Y un furor homicida subió en oleadas á su garganta. Recordó en un momento los dos años de fingida humildad, de falso respeto, la bondad encubridora de la falsía. No había perdón para la infame.

Pasado un momento, Dolores alzó la cabeza medrosa, como el esclavo herido que espera agonizante en el Coloseo el golpe del martillo de los Plutones.

—¡Levántate!—rugió Pablo con los ojos fuera de las órbitas.

Alzóse la sierva, la esclava. En su faz dolorida se leía la angustia suprema, la súplica muda, el dolor infinito.

Pablo, fuera ya de sí en aquel punto, erguido, dominador, soberbio, implacable y bello como el ángel malo, extendió el brazo nervudo hacia la puerta, y con acento terrible, le dijo:

—¡Vete!

Bajó ella la cabeza y salió. Pablo cayó en un sillón y se puso á llorar de rabia.

Oyó fuera, en el salón, apagados gemidos. Estaba allí la infame, la adúltera. Pensaba tal vez ablandarle, calmar su justo enojo, pero sería en vano.

Alzó la cabeza, y colgado en un entrepaño miró el retrato de su madre. Digna en su sitial, pero de aspecto notoriamente enfermizo, semejaba un modelo de fidelidad y honor intachable. Cejijunta, parecía aprobar la severa conducta del hijo. Más allá, otro retrato le mostraba el semblante de su hermana, refugiada en el claustro. Todo en ella era virtud. Si su madre no hubiera enfermado al echarle al mundo, es seguro que no hubiera dejado por eso de velar el honor de su esposo. Si su hermana no se hubiera recluso en la celda, habría

sido en el mundo casta. Y si otra cosa hubieran osado, su padre, antes que todo caballero, hubiera sabido seguir el ejemplo de aquellos varones castellanos, austeros y rígidos, retratados en *El médico de su honra*.

Sintió el heredero de tantas virtudes ansiedad de saber lo que hacía Dolores. Salió por la puerta falsa y dió la vuelta por las habitaciones sombrías hasta llegar á la alcoba, en donde vió luz. Escondido tras las cortinas pudo apereibir á Dolores ir y venir á los muebles y los roperos, lanzando entrecortados suspiros. Tuvo un momento de vacilación al ver á aquella débil figurilla que, durante dos años, le había rodeado de tantos cuidados maternales. El orgullo pudo en él más también esta vez que la misericordia.

¿Qué hacía la infeliz? No era posible adivinarlo. Abría cajones, rebuscaba prendas, las sacaba, las doblaba cuidadosamente y las volvía á dejar ordenadamente en su sitio. Colgó de su cuello una cadenita de que pendía un guardapelo. Llegóse luego hasta cerca de la pared, descolgó un retrato de Pablo y lo acercó á sus labios.

Pablo le pareció recibir aquel beso y sintió frío en el corazón.

Luego enjugó la misera nuevamente sus lágrimas, y de un cajón del armario de luna sacó un velo de encaje negro. ¡Cómo recordó á Pablo aquel velo el otro blanco, inmaculado, que caía sobre los hombros de la mujercita el día feliz de la boda! Entonces lloraba también; pero sus lágrimas eran de contento y ventura. Habían transcurrido no más que dos años. ¡Qué dos años tan cortos! Apenas si los separaban dos lágrimas.

Dolores se dirigió á la puerta. Pasó rozándole con sus vestidos, y él estuvo por detenerla, por

decirla que la perdonaba, por estrecharla entre sus brazos y clavar un beso de pasión en su boca. Fue sólo un instante de vacilación. La dejó pasar y la siguió de puntillas. Ella no pudo verle, porque no volvió ni una vez la cabeza.

Llegó a la escalera y Pablo se detuvo. Bajó con paso vacilante y pausado. Otra vez Pablo pensó en llamarla; a sus labios subió un hondo grito.

—¡Dolores! ¡No te vayas, te quiero y te perdono!

Pero tampoco lo pronunció. Una corriente de aire frío le avisó que Dolores abría la puerta del hotel.

Pablo permaneció inmóvil, como atacado de catalepsia. En aquel momento supremo, de seguro la vida había quedado en él suspendida: su corazón palpitaba.

Un sollozo más largo, más tembloroso que los otros, y luego un portazo seco y retumbante.

Volvió la cabeza Pablo y encontró a su lado los vidrios de una ventana que daba al jardín. A través de ellos vió cómo el huracán les arrojaba la nieve en furiosos y airados remolinos.

Permaneció unos minutos como atontado. ¿Adónde iba la mujer enferma, miserable y abandonada? Le entró un frío de muerte y sintió la enormidad de su innoble bajeza.

Decidióse por fin y lanzóse escalera abajo. Llegó al portón, y su propia turbación le impidió durante algunos minutos encontrar el pestillo. Abrió al cabo y salió como un loco a la calle desierta.

Miró a un lado y a otro. Nadie. La nieve caía en remolinos. El viento agitaba furiosamente los ramajes de las tiernas acacias desnudas. La luz amarilla de un reverbero vacilaba y amenazaba extinguirse ante la furia del inclemente temporal.

Salió al centro del paseo y gritó:

—¡Dolores!

Nadie le contestó; sólo el soplo del cierzo entonó en los aleros y los ramajes no sé qué canción gemebunda...

V

En que se desmiente un refrán de fortuna

—¿Dice usted que rubia, bajita, vestida de obscuro?

—Sí, señor; cubierta con un ligero velo negro de encaje.

—¿Ojos?

—Zarcos.

—¿Su nombre?

—Dolores.

—Está bien—dijo el secretario del Gobierno—. Tenga usted la bondad de esperar en esta habitación media hora, en tanto que se pide noticia a las Delegaciones.

Quedó en la habitación solo Pablo. Era un pequeño despacho en el cual nada solicitaba la atención. Pero si algo hubiera tenido digno de examen, hubiera pasado inadvertido totalmente para él. Llegaba doce horas de agitación extraordinaria, de verdadera exaltación morbosa. Seguía indignado, enfurecido contra Dolores; continuaba creyendo firmemente que no merecía perdón. Y sin embar-

go, estaba allí, esperando con ansiedad noticias de su paradero, temblando al pensar que pudiera haberle ocurrido una desgracia ó siquiera un percance.

Se puso en pie y recorrió diez ó doce veces el estrecho recinto. Se juzgó un necio al buscar á Dolores. Si parecía, ¿qué iba á hacer? ¿Llevaría otra vez al hotel? Su situación sería más que nunca ridícula. ¿Encerrarla en uno de esos conventos destinados á casas de corrección? Sería vociferar su deshonra y colocarse en situación deplorable. ¿Matarla? Ya no se sentía capaz de tan vitando y repugnante crimen. Tentado estuvo de ausentarse sin esperar las nuevas del secretario. Pero una fuerza desconocida lo clavaba allí, imposibilitándole de realizar tal resolución. En tanto, un fuego congestionador subía á sus mejillas, y una angustia mortal le oprimía sin cesar la garganta.

¿Adónde había ido Dolores? No había sacado de casa numerario, porque Pablo había encontrado en el *secretar* su portamonedas y su pequeña cartera de piel. No tenía en Madrid parientes ni amigos, porque en dos años que en la capital llevaban de permanencia, no había cuidado de procurarla amistades ni relaciones; antes bien la había aislado, confiándola á la más solitaria reclusión. Además, había visitado los domicilios de sus escasos deudos, y una vez allí, no había osado siquiera preguntar, temeroso de descubrir su desgracia ó hacerla irremediable. Por otra parte, le había bastado la inspección de personas y cosas para cerciorarse de que Dolores no estaba allí. Sentía en tal punto un pesar intensísimo al figurarse á la convaleciente desamparada y llorosa, errante por las calles desiertas, sacudida por el huracán, cubierta de nieve, tiritando de frío, sin vislumbrar ante sí otra

perspectiva que la del infortunio sin esperanza y el definitivo abandono.

¿Por qué había confesado? ¿Por qué? El hubiera seguido creyendo en su inocencia, feliz en su desconocimiento de la verdad, y no le torturaría aquel sobresalto, tan parejo al remordimiento. ¿Qué lobreguez es la de la muerte que, ante su sola proximidad, sentimos el deseo imperioso de descargar nuestra conciencia y confesar nuestras más secretas acciones? Luego se enfurecía al pensar que podía haber ignorado por siempre el engaño. No, y mil veces no. Ocurriera lo que ocurriera, prefería haberse adueñado de la verdad, la verdad que le mordía en el corazón, la verdad de que todos inorimos, que por algo en la fábula hebrea está el árbol que produce el saber emponzoñado por la serpiente.

Unas veces se representaba á Dolores muerta, doblegada por la enfermedad, sola en medio del campo, derribada sobre el sudario de la nieve, con los párpados muy abiertos como formulando una acusación, y le acometía un temblor espasmódico que hacía castañetear sus incisivos. Nunca, nunca podría consolarse de semejante catástrofe, en la que él desempeñaría el doble papel de fiscal y de ejecutor. Inmediatamente pensaba que de un momento á otro podía resurgir Dolores en aquel tabuco oficinesco en que instruíra su propio sumario, guiada por el funcionario diligente, é indagaba qué palabras la dirigiría, adónde se encaminarían juntos, qué especie de contubernio podría unirles en adelante ó qué clase de separación acertaría á serle menos odiosa. Bien veía que para Dolores la separación sería la muerte, y él mismo adivinaba, aunque tarde, que sin ella no podía vivir ni una sola hora, ni un solo minuto.

Sonaban timbres, oíase rechinar los goznes de

grávidas puertas. Se escuchaba el murmullo de conversaciones bisbiseantes y el rumor de cercanos pasos. Estaba rodeado de gentes á las cuales era absolutamente indiferente su desesperación y que se preocupaban de otros asuntos y extraños agobios. Una irritación sorda se desataba en su corazón contra la humanidad, contra sí mismo, que distraído con jugadores, ganapanes, disipadores y mujerzuelas, no había sabido crearse un amigo que en este desabrido trance le abriera sus brazos, y en cuyos oídos pudiera verter todas las palabras amargas, todas las frases doloridas que en el fondo de su sensorio quedaban atormentadas y sin forma.

Alguien se acercaba. ¿Sería ella? Procuró dominarse, revestirse de dignidad serena. La puerta giró sobre sus goznes, y apareció solo el secretario.

—En parte alguna—le dijo—se tiene noticia de la persona á quien usted busca. Deje usted las señas de su domicilio, y se le comunicará cuantas nuevas hubiere.

Pablo entregó su tarjeta al funcionario. Era un gallardo joven, vestido de modo irreprochable, de hablar pedantesco que, al accionar, hundía en sus cabellos ensortijados los dedos, aprisionados por gruesos anillos. Sintió Pablo vergüenza de haber dado cuenta de su desdicha á un ser tan vano y menospreciable. Pero el tal no parecía preocupado por la confidencia. Una larga fila de visitantes esperaba turno para comunicarle también ruinas, ambiciones, deshones, sonrojos, que él oiría con afectada seriedad, sin percatarse de su trascendencia, mientras pensaba en el *bacarrat* ó la última cupletista á la moda.

Salió Pablo á la calle desorientado, sin saber qué partido adoptar. Brigadas de obreros desembarazaban de nieve las anchas vías, y esto hacía que

el tránsito fuera en ellas penoso. Todas estas nimias contrariedades tomaban en el ánimo de Pablo proporciones épicas. Como al caminante fatigado le parece insoportable el menor tropiezo con los guijarros del camino, á su espíritu, poseído de cansancio moral, atormentaban las minúsculas dificultades que nos presenta á diario, sin que le demos importancia, la convivencia con otros seres. Todos los hombres se le antojaban los puercoespines del filósofo pesimista, prontos á herirle con las guías de su carácter y con la aspereza de su criterio.

Habría recorrido á la ventura tres ó cuatro calles, cuando frente al umbral de una vivienda vió reunidas en grupo compacto unas cuarenta ó cincuenta personas que departían entre sí con agitación. Se acercó al grupo y sólo pudo percibir frases inconexas, palabras sin enlace que nada explicaban. Sentía un hondo sobresalto. Se le figuraba que nada podía ocurrir extraordinario en el mundo que no tuviera relación con su desventura. ¿Quién no ha padecido este que pudiéramos llamar *antropomorfismo del dolor*?

Se decidió á preguntar á uno de los curiosos. Era un artesano caduco, medio desnudo, con aspecto valetudinario que, en su miseria, aun se preocupaba del dolor ajeno, como si el suyo le fuera harto familiar y baladí.

—Es una mujer que se ha suicidado en ese portal—le contestó.

La impresión en Pablo fué tremenda. ¿No podía ser aquella mujer *su* Dolores? Atropelló á las gentes y avanzó hasta el portal. Un guardia lo detuvo.

—No se puede pasar, caballero—le dijo con atentos modales.

—Necesito entrar á toda costa—articuló Pablo.